

BABEL

REVISTA DE BIBLIOGRAFIA

DIRECCION:

Entre Rios 1585



SIRVASE PEDIR

UN EJEMPLAR

B. SANIN CANO

LOS PROVINCIANOS
por
G. GUZMAN SAAVEDRA

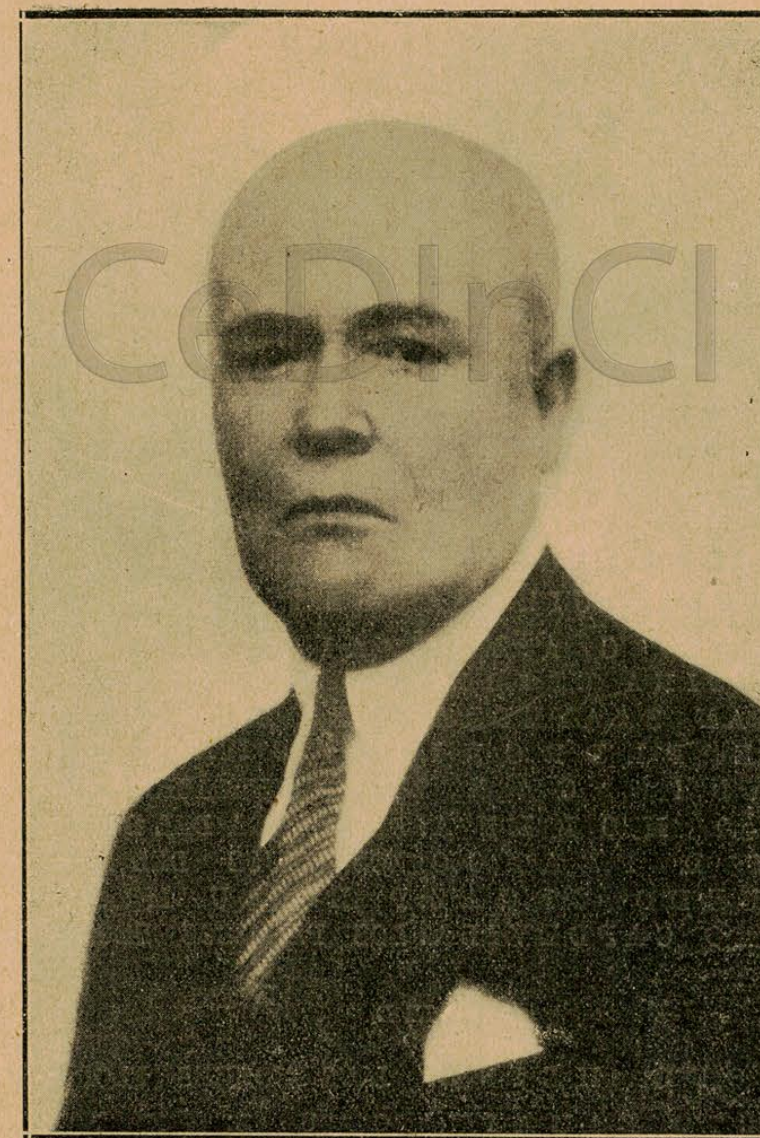
LOS PARAISOS PROMETIDOS
por
ARTURO CAPDEVILA

GRACIA PLENA
por
JOSE PEDRONI

PENUMBRA
por
ALFREDO ORGAZ

LA VISPERA DEL BUEN
AMOR
por
H. REGA MOLINA

LOS HIJOS DEL LLASTAY
por
LUIS L. FRANCO



Autor de "La civilización manual y otros ensayos", libro que constituye uno de los grandes éxitos de nuestra colección.

BABEL

BIBLIOTECA ARGENTINA DE BUENAS EDICIONES LITERARIAS

Director: SAMUEL GLUSBERG

OBRAS PUBLICADAS

SERIE A

| | |
|---|---------|
| * I LEOPOLDO LUGONES: LAS HORAS DORADAS | \$ 2.50 |
| ** II ALBERTO GERCHUNOFF: LA JOFAINA MARAVILLOSA | „ 2.50 |
| ** III ARTURO CAPDEVILA: LA FIESTA DEL MUNDO | „ 2.00 |
| * IV RAFAEL ALBERTO ARRIETA: FUGACIDAD | „ 2.00 |
| **** V LEOPOLDO LUGONES: ESTUDIOS HELENICOS | „ 5.00 |
| * VI BENITO LYNCH: LAS MAL CALLADAS | „ 2.00 |
| * VII GONZALEZ MARTINEZ: EL ROMERO ALUCINADO | „ 2.50 |
| ** VIII HORACIO QUIROGA: HISTORIA DE UN AMOR TURBIO | „ 2.00 |
| * IX LUIS L. FRANCO: LIBRO DEL GAY VIVIR | „ 2.50 |
| X RAFAEL ALBERTO ARRIETA: LAS HERMANAS TUTELARES | „ 2.50 |
| ** XI LEOPOLDO LUGONES: ODAS SECULARES | „ 2.50 |
| XII R. SAENZ HAYES: DE STENDHAL A GOURMONT | „ 3.00 |
| *** XIII C. NALE ROXLO: EL GRILLO | „ 2.00 |
| * XIV GUILLERMO ESTRELLA: LOS EGOISTAS | „ 2.50 |
| XV EVAR MENDEZ: EL JARDIN SECRETO | „ 2.00 |
| * XVI MANUEL LUGONES: POEMAS MEDIOEVALES | „ 2.00 |
| XVII MARIO BRAVO: CUENTOS PARA LOS POBRES | „ 2.00 |
| XVIII MARTIN GIL: AGUAMANSAS | „ 2.00 |
| XIX HORACIO QUIROGA: EL DESIERTO | „ 2.50 |
| ** XX LEOPOLDO LUGONES: FILOSOFICULA | „ 2.50 |
| * XXI SAMUEL GLUSBERG: LA LEVITA GRIS | „ 2.00 |
| XXII E. MENDEZ CALZADA: NUEVAS DEVOCIONES | „ 2.00 |
| XXIII NICOLAS CORONADO: DESDE LA PLATEA | „ 2.50 |
| XXIV LEOPOLDO LUGONES: CUENTOS FATALES | „ 2.50 |
| ** XXV LEOPOLDO LUGONES: ROMANCERO | „ 2.50 |
| *** XXVI HORACIO QUIROGA: CUENTOS DE AMOR | „ 2.50 |
| XXVII LUIS CANE: MAL ESTUDIANTE | „ 2.00 |
| ** XXVIII ALFONSINA STORNI: O C R E | „ 2.50 |
| XXIX GUZMAN SAAVEDRA: LOS PROVINCIANOS | „ 2.— |
| XXX JOSE PEDRONI: GRACIA PLENA | „ 2.— |
| XXXI B. SANIN CANO: LA CIVILIZACION MANUAL | „ 2.50 |
| XXXII REGA MOLINA: LA VISPERA DEL BUEN AMOR | „ 2.— |
| XXXIII LUIS L. FRANCO: LOS HIJOS DEL LLASTAY | „ 2.— |
| XXXIV ALFREDO ORGAZ: PENUMBRA | „ 2.— |
| XXXV ARTURO CAPDEVILA: LOS PARAISOS PROMETIDOS | „ 2.50 |

SERIE B

| | |
|---|-------|
| I ENRIQUE HEINE: LAS NOCHES FLORENTINAS | „ 2. |
| II ALBERTO SAMAIN: CUENTOS | „ 2.— |

* Agotado

** Segunda edición

*** Tercera edición

**** Encuadrado en tela

Dirigir los pedidos a nombre del administrador: Sr. Don LEONARDO GLUSBERG, Entre Rios 1585, Bs. As.

BABEL

REVISTA DE BIBLIOGRAFIA

DIRECCION:

ENTRE RIOS 1585

18

SE REMITE

GRATIS

SEGUNDA EPOCA

BUENOS AIRES, DICIEMBRE DE 1925

NUMERO 18

Nuestro Tercer Concurso Literario

COMO ya lo anunciamos en nuestro número anterior, el tercer concurso literario de BABEL se llevará a cabo no obstante las imitaciones hechas por la Asociación "Amigos del Arte", el editor Manuel Gleizer y la "Editorial Latina". El innegable prestigio de nuestra Biblioteca y la rápida consagración de los autores premiados en nuestros dos certámenes, basta para evitar la confusión del público y de los autores. Por otra parte, la personalidad inconfundible de cada uno de los miembros electores de nuestro tercer concurso, sobra para asegurarnos un nuevo éxito y asegurárselo a los escritores que participen en él. Porque lo que diferencia más que nada estos certámenes de los que se han realizado y se realizan por ahí, es la autoridad in-

BABEL

TERCER CONCURSO LITERARIO

1926

I.—Con el propósito de fomentar la producción literaria nacional y ayudar a los escritores inéditos, la Editorial BABEL inicia desde la fecha un tercer concurso de libros de poesía y prosa.

II.—Podrán presentarse al concurso solamente aquellos autores que todavía no han publicado sus producciones en volumen.

III.—Los libros de poesía deberán contener por lo menos 40 composiciones; los de prosa (novela, cuentos o ensayos) un mínimo equivalente a 150 páginas impresas.

IV.—Los originales serán enviados antes del primero de mayo de 1926, en cuadernos escritos a máquina, llevando en la portada el título del libro, nombre del autor y domicilio.

V.—Una comisión especial elegirá entre los libros presentados uno de poesía y otro de prosa que serán publicados a costa de la Editorial BABEL, previo convenio con los autores.

VI.—La comisión encargada de elegir los dos libros que van a publicarse, estará constituida por los escritores: Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga y B. Sanin Cano.

VII.—Los libros deberán ser remitidos a nombre del director de la Biblioteca BABEL, don Samuel Glusberg: Entre Rios 1585, quien acusará recibo de todos los originales.

discutible de las comisiones que designa BABEL. Mal pueden recomendar el libro del prójimo aquellos que no logran colocar los suyos propios. En cuanto a los que se disponen al juicio de tales "jurados", indican de suyo inferioridad. De sentirse por encima del novelista mediocre y del poeta fracasado, no pondrían por dignidad sus obras en tales manos. Y no se crea que decimos esto molestados por la competencia o la imitación servil. Al contrario. Estos concursos de calco sirven para ahorrar tiempo a los escritores que desinteresadamente se han tomado el trabajo de revelar por nuestro intermedio a los poetas y prosistas realmente jóvenes. No aficionados viejos que lo mismo hacen música, pintura o folklore...

Por otra parte, hasta la fecha no han aparecido las obras premiadas en estos concursos. Mientras ahí están los libros de Guillermo Estrella, Conrado Nalé Roxlo y Luis Cané para certificar el resultado de nuestros certámenes.

GUILLERMO ESTRELLA

LOS EGOISTAS Y OTROS CUENTOS



BUENOS AIRES MCMXXIII

CONRADO NALE ROXLO

EL GRILLO

POESIAS



BUENOS AIRES MCMXXIII

SERIE A

VOL. XIII

SERIE A

VOL. XIV

LOS PROVINCIANOS

por

G. Guzmán Saavedra

COSTALES

BUEN día, doña Nepomucena.
 —Buen día, señor.
 —¿Va para el pueblo?
 —Sí... como siempre, con mis zapallitos, mis batatas.
 —¿No lleva algarroba?
 —También, señor... Pero... y usted, ¿qué anda teniendo en ese costal?
 —Libros.
 —¿Va a poner una escuela?
 —Y usted, ¿va a instalar un mercado?
 —¿Qué ocurrenial?
 —Es lo mismo, doña Nepomucena. Mi costal de libros apenas vale como uno de esos zapallitos que vende en el pueblo.
 —¿Y se costea por eso?
 —¿Qué quiere!... Los dos llevamos frutos de la tierra, de nuestra querida tierra: los suyos se comen porque son para el cuerpo, los míos se sienten porque son para el alma.
 —¿Y qué es el alma?
 —Eso que se le anuda en la garganta cuando alguno de sus hijos enferma; eso que le brilla en los ojos cuando su campito después de larga seca se le moja con la lluvia; esa sonrisa que tiene en los labios cuando dice "buen día" a los que encuentra en el camino, conocidos o no; ese temblor que siente en las manos cuando les pone el sombrero a sus muchachos para que vayan a la escuela... eso es el alma.
 —¿Me servirán sus frutos entonces?
 —Creo que sí. Aquí tiene un libro. Léalo o hágaselo leer en su rancho haciendo rueda al mate. Si un perro, una gallina, un pájaro, se acercan, no los eche. Déjelos que escuchen mis pobres palabras, que son como el agua del río y el aire de los campos, para todos.

EL ZAPATERO

—Buen día, don Silvestre.
 —Buen día, amigo.
 El vecino que le ha saludado se aleja con su cartera de notario por la callejuela llena de sol.
 Adiós, maestro.
 —Adiós, hombre, adiós.
 El otro vecino que acaba de salir de su portón chupando su mate, escupe en la acera y entra.
 —¿Cómo le va, viejo?
 —Ya lo ve... ya lo ve... Aquí estoy

esperando a ese muchacho del diario.
 —¿"El Siglo"?
 —Sí. Anoche no lo traje; se habrá enfermado.
 —Tengo "La Nación", si la quiere, —dice el vecino de enfrente que en mangas de camisa, enciende su cigarro matinal.
 —Gracias, amigo. Ya estoy acostumbrado a leer un solo diario. Hace veinte años...
 El viejo don Silvestre, bajo, rechoncho, de cuello fortísimo, lleva sus ochenta años con la misma soltura que sus pantalones anchos, sujetos por un cordón. Apenas unas canas le brillan en los bigotes hirsutos y caídos. Su media calva tiene reflejos de cobre bruñido.
 —¿Trabaja hoy, don Silvestre?
 —¿Cómo no? Si no, ¿qué como mañana?
 —¿Hay obra?
 —No falta. Ahora más, que los muchachos andan con esa pelota...
 —¿El football?
 —...vienen más seguido por las composturas.
 —¿No está cansado a su edad, con ese trabajo tan rudo?
 —Todavía no. Después puede ser que me canse. Yo le hice los botines para su abuelo, para su padre...
 —Y para mí.
 —Ya ve... tres generaciones y estoy listo para la cuarta.

—Es usted un hombre fuerte.
 —Algo. Lo que tengo es una gran conformidad con todo. La vida es un viaje, amigo, y hay que hacerlo lo mejor que se pueda. Unos van en primera clase, otros en segunda. Yo estoy entre estos últimos. Nunca ambicioné cambiar de coche. Me he acostumbrado al mío. Hace ochenta años...
 —Por sus palabras, es usted un hombre de buen sentido... y...
 —¿De talento?... No. Yo no tengo talento. Eso está demás en mi coche. Buen estómago, buenas muñecas para el martillo, nada más.
 Don Silvestre restrega un poco de tabaco en la palma de la mano y se lo lleva a la nariz.
 —He visto muchas cosas en mi vida, —dice entre fuertes estornudos, — y tengo experiencia.
 —¿Cuál es su moral, su filosofía, su ley?
 —Yo no sé qué son esas cosas. Ya se lo dije: estoy tranquilo por el pasado y no me aflige lo que vendrá. Para vivir mucho tiempo y ser feliz a mi modo, no hay que tener ambiciones, y sí mucha tolerancia, buen estómago y buen humor.
 La acera está doradita de sol. Por la calle pasan los vendedores de verduras, de leche, y cada uno tiene una palabra de salud para don Silvestre. Es conocido de todos y él sabe quiénes son los que pasan, de dónde vienen y adónde van, cuáles son sus padres, sus abuelos... Lo sabe porque lo ha visto, nada más. Don Silvestre tiene ochenta años.
 El vecino ha entrado a su casa. Don Silvestre sabe que lee mucho y le place conversar con él, así, de acera a acera, fumando el cigarro matinal. Le cuenta casos del tiempo viejo, le dice sentencias aprendidas o inventadas y a veces tiene una expresión compasiva en los ojos.
 Muchos, como ese vecino, vió pasar por su lado y casi todos se hundieron en sus esperanzas. Tenían ambición de no sabe qué cosas, estaban inquietos por no sabe qué luchas interiores. Ninguno le escuchó su palabra calmada y seca como sus martillazos en la suela. Le decían que no les era posible echar raíces, que sus brazos eran alas... y otras cosas más, que le hacían reír. Ninguno le escuchó.
 Pasa una anciana arrastrando sus zapatones en el polvo dorado de la acera.
 —Buen día, Silvestre.
 —Buen día, Dolo.
 Los dos habían jugado a las "achalitas" setenta años atrás.
 —¿Qué estás haciendo?
 —Estoy esperando a ese muchacho del diario.
 Pasa doña Dolo.
 Don Silvestre se alisa el hirsuto bigote y escupe en los ladrillos de la acera.
 —Buen día, don Silvestre.
 —Adiós, amigo.
 Y todos pasan, como en la vida. Sólo don Silvestre va quedando.



GRACIA PLENA

por

José Pedroni

CREDO

Creo en la luz, que es pura, y en la tierra, y en el agua, que es casta, y en el sol, y en la sombra cordial que se derrama con la dulzura de tu corazón.

DESHOJAMIENTO

LA nieve casta su perdón desmiga sobre la obscura ancianidad del suelo. Cuando la tierra ya no puede, amiga, calladamente se deshoja el cielo.

Así, el espino, y el parral, y el banco, visten la gracia de este nuevo adorno. El haz de leña es un osito blanco y es una choza de esquimal el horno.

Fija en la mía tu mirada pura, pues dan mis ojos a un paisaje interno, y mira como nieva tu ternura sobre mi triste corazón de invierno.

MUJER

MUJER, nunca me olvidó que me amaste caído.

Feliz durante el vuelo, siempre estaba en el cielo.

Con el sol en la cara, o con la estrella clara.

Y dejando, contento, que me llevara el viento.

Pero me hirió el destino, y caí en el camino.

Y con el ala rota dejé de ser gaviota.

Me transformé en plumizo pájaro agachadizo.

Y comí granos secos, y me escondí en los huecos.

A mi lado la gente pasaba alegremente.

Y nunca me encontraron los que más me buscaron.

Y aquellos que me vieron no me reconocieron.

Mas sucedió que un día vi pasar tu alegría.

Tan cerca, que su lado me tocó en el costado.

Y porque estaba escrito, te seguí despacito.

Rayando la subida con el ala caída.

De modo que borrraba lo que tu pie dejaba.

Y el que pasó primero sólo encontró un sendero.

Y la primer estrella sólo encontró una huella.

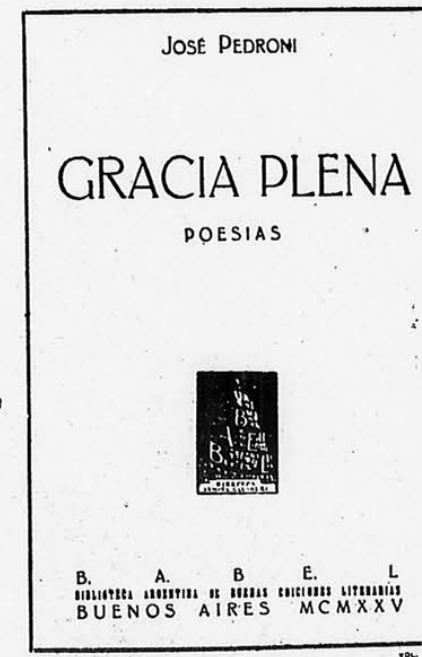
Por fin vimos tu puerta, que estaba toda abierta.

Y cuando en ella, amiga, se sentó tu fatiga,

Me encaramé a tu pecho, que es un nidito hecho.

Y el tordo alicaído silbó sobre tu nido.

.....



Mujer, suave mujer, luz en mi anocheecer:

Esta sencilla calma me viene de tu alma.

Que nadie me atribuya esta paz, toda tuya.

Ni esta dulce costumbre de hablar con mansedumbre.

Ni este canto tardío, que nunca ha sido mío.

Sepa toda la gente que es tuyo solamente.

Mujer, suave mujer, mi mañana y mi ayer!

SEXTA LUNA

EL mismo día que lo supe todo con esta Biblia regresé del pueblo, y la empezamos a leer felices a la rojiza claridad del fuego.

(Lía la grácil y Raquel la hermosa; la paloma y el cuervo; cautivos pálidos, guerreros hoscos y faraones negros.

Abisag y David. Jephthé llorando. El Jordán y el Mar Muerto. La voz de Dios en las llanuras calvas, y un pueblo y otro pueblo).

Y he aquí que al entrar, como una luna, en su sexta figura tu misterio, leo el último salmo del profeta y te contemplo ante el primer proverbio

Ah, tú que tienes la suprema dicha de llevarlo en el cuerpo: aprende la palabra de los santos, y háblale luego con el pensamiento.

Cuéntale siempre este remoto drama, háblale a solas de este antiguo ejemplo, y deja que la arena de las horas caiga sin ruido en el reloj del tiempo.

Así, sin esperarlo, ante tus ojos blancos de fe, se detendrá el momento; y en el alma tendrás, recién oída, la voz del Evangelio.

Después, rama quebrada, con alivio descansará tu cuerpo, y al lado de la rama, el fruto hermoso caído a tierra por la ley del viento.

Y ante los dos, como Melchor el mago, mi corazón venido del desierto.

La civilización manual y otros ensayos

por

B. Sanin Cano

DE LA ESTADISTICA

Mi amigo el Profesor Tebas, de la Universidad de Sourdière, exponía el otro viernes, ante un auditorio "dilettante" y benévolo, sus convicciones sobre la estadística. "Es acaso, decía, "la única ciencia que ha logrado reunir en sí los caracteres de disciplina mental y de aplicabilidad inmediata a las urgencias vitales. La geometría, por ejemplo, es una excelente disciplina científica. Aviva en el hombre el sentido de la lógica, afina nuestras capacidades deductivas y es una excelente preparación para más altas especulaciones. Nos enseña a abstraer de las figuras lo que hay de permanente y esencial en sus relaciones. Sin embargo, saber geometría, aunque nuestro conocimiento de ella se extienda desde los elementos de la recta hasta los embolismos del más elevado análisis, hasta los cuévanos de la geometría proyectiva y de las funciones elípticas, no presupone una visión más clara de las cosas con que estamos en comunicación cotidiana y constante. Al revés, ser geómetra, como ser químico, supone una cierta inhabilidad y zurdera en presencia de la sociedad y de los conflictos que suscita. No así la estadística—continúa el Dr. Tebas.—Por lo que hace a la amplitud de sus dominios, puede decirse que llega con las ciencias exactas hasta el punto en que ellas suelen confinar con la metafísica; pero sus conclusiones son de aplicación diaria a las cosas de la vida. Reduce a límites manejables lo infinitamente grande, y procede con sus medios de conocimiento a hacerle asequible a la imaginación humana lo infinitamente pequeño. Además, las matemáticas puras no sólo pueden inducir en engaño a las mentes poco versadas, sino que, dentro del rigor de sus deducciones, suelen conducir al absurdo. Usando de la falacia que envuelven los signos negativos en algunas expresiones radicales, puede probarse, dentro de la inflexibilidad de los cálculos algebraicos, que dos es igual a tres. No sucede lo mismo con la estadística". En este punto el Profesor Tebas ya había abandonado el tono docente ordinario para asumir la entonación y los ademanes de la oratoria parlamentaria. "No sucede lo mismo con la estadística", repitió al cabo de unos instantes. "Para quien sabe leer las cifras, ellas difunden una luz astra sobre la esfera del conocimiento. Es preciso, sin embargo, saber leer las cifras estadísticas. Para usar de ellas importa disponer de muchos conocimientos laterales y poseer un cierto olfato moral, parecido a la segunda potencia del sentido común".

"Sin estos requisitos, las cifras son mudas o no comunican otra cosa que datos falaces. Voy a poner un ejemplo. Las cifras estadísticas, en su absoluta desnudez, dicen que un parisiense se baña media vez por año. Tomando los números en su apariencia insomne, significarían para el inexperto que el parisiense se baña el lado derecho en los años pares y el izquierdo en los impares, o lo que sería acaso más racional, que en la ciudad "lumiére" se baña cada residente en un año determinado la parte anterior y en el siguiente la posterior del cuerpo. Todavía hay campo para otra interpretación equívoca. Un conocedor de la forma arbitraria en que dividió el legislador Manu los varios conductos del cuerpo humano que se manifiestan al exterior, diría que en un año el parisiense se bañaba la parte inferior del cuerpo y dejaba para el siguiente el cuidado de los orificios puros. No es nada de esto lo que las cifras estadísticas enseñan. Ellas dicen, con su lenguaje a un tiempo mudo y elocuente, que el parisiense se baña una vez cada dos años." En una pequeña pausa, como las que suelen, por razones de elegancia, introducir en sus arengas los oradores hábiles, preguntó uno de los oyentes: "Y ¿qué hacen el resto del tiempo?" "La estadística no lo dice," replicó el Profesor; "pero es posible que lo gasten secándose."

En este punto me atreví a observarle, introduciendo mis palabras con toda clase de reservas, que era tal vez exagerada y aun injusta la conclusión de la estadística para con los parisienses. Cité el caso de un amigo mío que se

bañaba con seguridad una vez al mes, tuviera o no necesidad de hacerlo, y añadí el dato de que, según mi amigo, había varias personas en cierta clase social que extremaban sus hábitos de pulcritud en esa forma estricta. A lo cual replicó el Profesor que esta saludable costumbre no alteraba la verdad de los números, pues era notorio, en cambio, que muchos parisienses no se acordaban de repetir las abluciones después de haberlas hecho contra su voluntad en la fuente bautismal. "Y, continuó el Profesor, "como las cifras estadísticas no son más que un promedio, es necesario convenir en que el número de los que no se bañan ni siquiera una vez cada dos años, es hartamente considerable."

"Podría,—añadió en seguida, ofrecerles otro ejemplo igualmente característico para señalar la cautela con que debemos aceptar los números que nos da la estadística. En el año de 1909, el número de gentes que volaron en aeroplano alcanzó a 78. En el año siguiente ascendieron a 300, y en este de 1913 es posible que pasen de 20.000. Si desarrollamos la serie matemática en la forma que nos ofrecen estos cuatro años, puede asegurarse que dentro de diez años todo el género humano habrá volado en aeroplano." "Y traerán a una contra su voluntad a subir a esos aparatos?" preguntó una señora, apretando con ambos brazos la parte inferior de la falda. "No," dijo el Profesor, "siempre habrá muchos que no suben nunca, pero habrá otros que suben tantas veces como días trae el almanaque. Eso dará un promedio de una vez por año para todos los habitantes del planeta."

La observación pareció calmar las inquietudes del auditorio, y el Profesor, seguro de haber convencido a sus oyentes, iba a continuar, cuando uno de ellos suscitó la cuestión melancólica de los accidentes callejeros debidos al tráfico de automóviles y de otros vehículos movidos por gasolina. "En el año de 1908" dijo el disidente, "las muertes causadas por estos vehículos no pasaron de cuatro en Londres. En 1913 ya habrán llegado a 500. Como en el caso de la aviación, si sigue creciendo la proporción en esta forma, la ciudad será destruida en el curso de algunos años. Y aquí no cabe la excepción consoladora del Señor Profesor, sobre que una persona podía volar en aeroplano muchas veces al año, pues es constante que un mismo individuo, aunque lo deseara, no podría morir más de una vez, en un solo año o en más de uno, de accidente callejero ni de ningún otro género de muerte. De modo que este ejemplo no puede, como el anterior, ofrecer compensaciones para sacar el promedio, y hemos de ver que en unos quince años se dará el caso de que han volado en aeroplano todos los habitantes del planeta, según un promedio; pero habrán sido triturados individualmente, y sin lugar, a promedio; por los motores de gasolina, en el mismo espacio de tiempo."

B. SANIN CANO

LA CIVILIZACIÓN MANUAL Y OTROS ENSAYOS



EDITORIAL BABEL
BUENOS AIRES MCMXXV

La Víspera del Buen Amor

por

Horacio Rega Molina

Por qué escribo este libro? Si, como yo, sufrieras, También lo escribirías, con iguales razones, El poeta es fecundo cuando sufre de veras, Pues de un dolor tan sólo nacen muchas canciones.

Por eso, si una mano villana te despoja, No te enfades y cuida la futura simiente. Cumple con Dios el viento cuando arranca una hoja, Y el árbol también cumple dándola nuevamente.

¿Qué importa que luchemos contra esto y aquello?
¿Que la vida nos hiera, que el mundo sea triste?
Para que no perdamos el amor a lo bello
Es que el jardín da flores y que la luna existe.

EL VIENTO

Es que ahora nos detiene el paso,
Es un rumor jovial o es un lamento?
¿El viento, en el jardín, se ríe acaso,
O acaso llora en el jardín, el viento?

La tarde, cual nosotros, no lo sabe.
¿Cómo saber tan fugitivas cosas,
Si el viento, en el ciprés, se pone grave,
Y en el rosal también, cuando no hay rosas?

Si la fuente, que canta, lo supiera...
¿Saberlo? Si ni aún logró explicarse
Cómo es que el viento en su fatal carrera
Entra en el agua y sale sin mojarse.

¿Quién nos dirá si el viento ríe o llora?
¿Quién nos dirá si arrulla o si se queja?
¿Quién durante la noche o en la aurora
Descifrará el error que nos aqueja?

Y un árbol dijo: El aura vagabunda
Tiene un misterio que sabré al momento:
Quiso escuchar con atención profunda,
Pero ya en el jardín no había viento.

EL PAJARO AZUL

Es tan claro y musical derroche
Que hace entornar los ojos al oírlo,
Es el Pájaro Azul, que cada noche
Viene a hacerme feliz sin conseguirlo.

Es el Pájaro Azul, que cuando canta
Vierte una nueva y plástica armonía,
Como si me trajera en la garganta
Lo que nadie me trajo todavía.

Es el Pájaro Azul, que en loca guerra
No lo hallarás, despierto ni dormido,
En ningún árbol de ninguna tierra,
Porque el Pájaro Azul no tiene nido.

LA LUNA EN CASA

La luna, la luna tiene
Miedo de caer al río,
Parece, en el caserío,
Que alguien, de atrás, la sostiene

Nadie sabe lo que pasa.
Nadie sabe cosa alguna.
¿Si se va a caer la luna
Por qué no cae en mi casa?

Si cae sobre el tejado
Y en hallarla soy primero,
La pondré en el cristalero
Con un vaso a cada lado.

Los dos estamos acordes
En arreglarla distinta.
Tú le pondrás una cinta,
Yo le pintaré los bordes.
Y tendremos que cuidarla,
—Frágil es como una pompa—
Para que no se nos rompa
Si vienen a reclamarla.

HORACIO REGA MOLINA

LA VÍSPERA DEL BUEN AMOR



B. A. B. E. L.
BIBLIOTECA ARGENTINA DE OBRAS BRONCEADAS LITOGRAFIADAS
BUENOS AIRES MCMXXV

OÍ DECIR

Oí decir: cambia tus viejas cosas,
Tiempo es que busques nuevas
emociones:
Tira tu colección de mariposas,
Tira tus libros con ilustraciones.

Lleva, con pintoresca maestría,
Una existencia universalizada.
Toma ese aspecto de gitanería
Que tiene una ciudad embanderada.

Y oí decir de la ciudad de Crespo,
Y oí decir que el que la ve delira;
Y oí decir que era verdad todo eso
Y oí decir que todo era mentira.

Que a sus muros, tras múltiples rigores,
Se podía llegar, tarde o temprano,
Y partí del hogar de mis mayores
Con mi linterna mágica en la mano.

Y estuve en la ciudad de las ciudades,
Y gasté en ella toda mi fortuna,
Para encontrar las mismas vanidades
Y el mismo cielo con la misma luna.

EL SALUDO

Dichoso tú, poeta florentino,
Que te quedaste confundido y mudo
Cuando al pasar te concedió un saludo
Beatriz, la dama del amor divino.

Socórreme en el trance peregrino
En que me encuentro, ya que humilde acudo
A que me digas cómo fué, pues dudo
Si como sucedió me lo imagino.

Causa el tiempo en las cosas tal que branto,
Que hoy acaso no guardes fiel memoria
De aquel saludo que elogiaste tanto.

Tal vez lo sepa con certeza el día
En que logre también para mi gloria
Que me salude así la amada mía.

AMOR MUDO

Yo siempre la amaré como en un sueño
Sin confesarle nunca mi quimera,
Porque al tomar una expresión cualquiera
Tan grande amor parecerá pequeño.

Constantemente me verá risueño,
Y pasará una y otra primavera
Sin sospechar que por la vez primera
Tiene un adorador y no es su dueño.

Y esta pequeña lágrima que lloro
Cada vez que la encuentro hasta que expire,
También se perderá, por mi decoro.

Pues yo sabré tan rápido ocultarla
Que ella no la verá, ni aunque me mire
En el preciso instante de llorarla.

Los Hijos del Llastay

p o r

L u í s L . F r a n c o

EL GUANACO

A Horacio Quiroga

ENTRE todos los animales, el guanaco parece ser el único digno de prestar su figura corporal al Llastay, el dios, en sus encarnaciones. De ahí, sin duda, trasunto de tan insignie honor, la nobleza de su gesto y su porte. Es el segundón del camello. Y si no tiene la gloria de su hermano mayor, no tiene tampoco su joroba...

Rumia su avaro pasto con pachorra bovina, y su beber es tan parco como la ocasión de hallar agua. Bien que montañés cumplido, los médanos son acaso, su verdadera querencia. Cierta que bajo los solazos del verano los médanos se vuelven rescoldo intransitable; pero él, con sus suelas de corcho, se ríe de las arenas caldeadas y de las más ásperas laderas. Ello no obsta para que en caso de apuro trate de ganar los lechos de río o las cañadas, a fin de que el cazador sepa por experiencia que a un guanaco que emprende la retirada, lo mejor es dejarlo salir con la suya.

Es claro que no se trata de un cazador a arma de fuego, pues a éste el guanaco debe considerarlo un brujo digno de un auto de fe. Porque al hombre, como es natural, no le faltan motivos para interesarse por el guanaco. Su carne da, sino el más tierno, uno de los más sustanciosos asados.

Los lazos reforzados con su cuero son los mejores... especialmente para enlazar guanacos. Y aun hay más: son piedras de virtud para el cazador que los consigue...

Traído en su niñez, el guanaco se civiliza fácilmente. Pero, eso sí, no olvida nunca sus travesuras de chico bárbaro, rubricadas con el salivazo proverbial.

El guanaco es curioso como una mujer, y a veces, como ella, se aturde sin motivo. Cuando enuentra de improviso al cazador y éste le ha disparado su arma a corta distancia, él, en vez de huir, suele volverse a examinarlo, con interés entre científico e infantil...

En ciertas cosas, los guanacos tienen un sentimiento de solidaridad muy socialista. Van, por ejemplo, durante muchos días seguidos a depositar sus excrementos en un lugar común. Y donde se revuela uno se revuelcan todos. Y llegan aún, según parece, a consagrar campo santo un lugar determinado, y allí se dirige filosóficamente cada mortal cuando siente venir su última hora.

EL RELINCHO

Así se llama cada dueño de manada. El relincho es excelente padre de familia. Vive siempre en aguda vigi-

lancia para que sus esposas o hijos puedan comer y reposar tranquilos. Pasa horas enteras en su observatorio—la cima de alguna loma o algún cerro. A veces, inmóvil, se confunde con los riscos. Da vueltas la cabeza a un lado, después a otro y estira el cuello, ojeando, auscultando, olfateando. Cambia de atalaya. Cuando cree estar seguro, desciende a pastar, o se echa a saborear el bolo de la rumia con la cachaza de un árabe que fuma su narguile. Pero, ni entonces se descuida: su oído, sobre todo, está siempre en guardia. Y su alcance visual es telescópico. El cazador no lo sospecha aún cuando él, a lo mejor, le está puntualizando todos sus ademanes.

No bien ha descubierto o maliciado el peligro, toca su alarma en clarín de plata. La tropilla se incorpora de golpe y se pone en marcha, con un galope que parece lento, pero que, como si calzara las botas de siete leguas, tapa distancias enormes en un rato.

El relincho cubre la retirada. Se queda atrás, provocando al cazador o a los perros. Allí se juega la vida, pero, entre tanto, la familia se pone a buen recaudo. Los perros que lo atacan han de ser dueños para conjurar su tarascada o su coz, ambas temibles como una excomunión. Guardando siempre una distancia tentadora, lleva leguas y leguas a sus perseguidores, hasta cansarlos o extraviarlos. Entonces él, que sabe topografía, se reúne, por quién sabe qué caminos, a los suyos.

Aun herido malamente, el relincho huye. Huye siempre que le quede un soplo de aliento. Así es común verlo caer seco en la fuga.

Este sultán merece tener serrallo.

VIDA GALANTE

Las guanacas aprovechadas alumbran a principios del verano; raras veces más de un hijo. Este, llamado "teque", es una monada, sobre todo para su madre. Los teques son muy bienquitos en la familia entera, que en casos de peligro los lleva en el medio y como alzándolos. Pero la dicha se les concluye con la primera infancia. En efecto: no bien les barrunta pretensiones galantes, el pater familias, que es más pun-donoroso que un gentleman y más celoso que un turco, los destierra para siempre. Los pobres "huachos" vagan solitarios, tristes y huraños, hasta que la mayor edad les permite reivindicar a dicente y pezuña su derecho al amor. Entonces presentan cartel de desafío al primer jefe de manada que encuentran. Este, debilitado por los años y sobre todo por las obligaciones maritales, no saca, por lo general, la mejor parte.

Las luchas son dignas de la lira de un Tirteo animalista. Se atropellan furiosos, lanzando entrañables gritos; trabados cuerpo a cuerpo como caballos cojudos, se debaten a manotazos, a coces, a mordiscos, a golpes de cogote. Se estropean como hombres... Perder un ojo no es nada, porque a veces pierden la vida.

En tales momentos épicos de coraje y de brama, no temen a la lluvia, ni al granizo, ni al hombre, qué digo, ni al puma.

Como es natural, el vencedor se queda con las hembras, que se someten muy femenilmente a su voluntad.

EL DIABLO

Si el guanaco no debiera temer más que al hombre, viviría casi tranquilo. Pero para él el diablo toma figura de puma. Su aparición le congela la sangre como la del acreedor al deudor insolvente. En verdad que no es para menos, con tan impecable artista troncha-cogotes.

SILUETA

Para admirar al guanaco en su "poco" más fotográfica, es preciso sorprenderlo cuando, en guardia, ojo y oído alerta, otea las hondonadas, los ríos, las laderas, de pie sobre algún cortante "filo" detrás del cual el sol va a salir o acaba de hundirse. Se esculpe tan escultóricamente sobre la quieta llama del cielo, que desde allá abajo, a cuerdas de distancia, parece que estuviera ahí cerca, con su redondo y largo cuello erguido, sus móviles orejas, sus sombríos ojos de beduino, sus delgadas piernas y su cola breve de potro de pista, sus bisulcas pezuñas como de bronce y de goma... Creéis distinguirlo hasta los pelos del morro...

El mueve lentamente la cabeza o se queda por largos momentos convertido en estatua ecuestre...

Y de pronto, despertando todos los ecos, quiebra el silencio de diamante su relincho claro, trémulo, altísimo...

Los paraísos prometidos

p o r

A r t u r o C a p d e v i l a

LOS CUENTOS DE SCHAHRAZADA

I

IMPOSIBLE no recordar la gloria de aquella tarde primaveral de Granada, poco antes de la puesta del sol. Imposible no recordar con qué embriaguez se respiraba el aire del bosque en la cuesta que conduce a la Alhambra. Respirando aquel aire fragante como quien se embriaga, subían los cuatro amigos por la ruta grande que lleva más descansadamente que las otras, al que un día fuera aleazar del rey Boabdí. De este modo llegaron plácidamente a las antiguas residencias del rey moro y se detuvieron, con renovado encantamiento, en el patio de la alberca, en cuya agua purísima se reflejaba un cielo incomparablemente azul.

Por el gracioso corredor, bañado a esa hora en una luz ya casi crepuscular, paseábase en ese momento de extremo a extremo, ora leyendo, ora meditando, el conservador de la Alhambra; caballero de amable figura que, según lo hacía siempre, apenas vió llegar a los amigos, cerró su libro y fué a unir-seles, familiar.

Y les dijo:

—¡De parabienes! Os puedo presentar ahora al musulmán de que otro día os hablé, descendiente de antiguo linaje árabe de Granada. Tal vez le hallemos en el patio de los leones. Venid. Hacia allí salió.

Pero no estaba allí el musulmán, sino en la contigua sala de los abencerrajes, adonde lo encontraron, todo de blanco, vestido a la usanza mora, en actitud de abstracción y de ensueño. Era alto, cobrizo, pálido; le brillaban ardientes los ojos, y se acentuaba la palidez de su rostro con ser de un negro azabache la barba, las patillas y el caído bigote. Al entrar los visitantes, el moro enrolló, con involuntario movimiento de desconfianza, un amarillento papel en que rato antes anotara en su lengua original cosas que sabe Alá y que luego, por su gracia, sabremos nosotros.

Cambiaron muy gentiles saludos, y después de consideradas las habituales referencias personales, comenzaron las obligadas alusiones a la grandeza árabe en España, con todo el consabido cortejo de asombros y de añoranzas. Ni siquiera se olvidaron las leyendas de la Alhambra (esa enredadera de sus muros) y una vez más sonó, evocando hechizos, el nombre de Washington Irving. Hasta que finalmente dijo el árabe:

—En esta maravillosa Medinat al-hamza (dejadme llamar por su nombre a estas ruinas) resuenan todas las vo-

ces del mundo islámico; así las del presente como las del pasado: desde las de Xauen hasta las de Badgad. Ahora mismo, sentado allí, me adormecí con la fuerza del calor, y podéis creerme que tal a lo vivo soñé, que no he soñado, he vivido...

Y sonriendo, se acabó de explicar:

—He soñado con el rey Schahriar de Las Mil y una Noches: yo era su hermano Schalizamán y recibía carta suya. Aquí la he trasladado letra por letra, copiada del vivo recuerdo. La guardaré en memoria del sueño de una tarde de la Alhambra.

II

Todos suplicáronle que leyera; sólo que él respondió:

—¡Gustoso, por Alá! Pero precisemos, lo primero, todas las circunstancias concernientes a Schahriar y a su hermano y a los famosos cuentos de Schahrazada.

Se halló muy conveniente que así fuera y el hombre de la media luna, abreviadamente, dijo:

—Sabemos por las voces del desierto que hubo hace muchos siglos, dos monarcas hermanos, allá por unas muy poco geográficas islas de la India y de la China... Llamábanse estos monarcas Schahriar y Schalizamán, respectivamente, y reinaron luengos años en comarcas vecinas. No sólo en esto se asemejaron las estrellas de su destino; también sabemos que tanto Schahriar como su hermano fueron burlados y traicionados por sus reinas favoritas, ante cuya afrenta resolvieron de consuno tomar venganza contra la infidelidad de las mujeres en forma tan ejem-

plar que no se borrara pronto su terrible memoria. Así, mudaban noche a noche de esposa, enviando apenas súbia la mañana; pues a esa hora y en aquel momento el verdugo decapitaba a filo de alfange a la reina de una noche. Afortunadamente, Schahrazada fué la conjuradora de la fatalidad. Elegida por esposa, dispuso con infantil ardid, referir alguna historia a Schahriar, escogiendo una que a causa de su extensión hallara inconclusa la aurora. Todo esto pasó. Y sucedió también que Donizada, la hermana menor de la narradora, escuchó las narraciones; Donizada que por entusiasmar al rey exclamaba a cada nuevo episodio: "¡Oh, hermana mía! ¡Cuán dulces y cuán sabrosas son tus palabras llenas de delicia!" Ello es, amigos, que Schahrazada con sus cuentos salvó su vida y devolvió la paz al corazón del rey. Por la virtud de los relatos, Schahriar dejó de matar; Schalizamán seguía matando... Pero he aquí una carta de Schahriar a su hermano, que era yo mismo en este extraño sueño. Y ahora, si queréis que os lea la carta, venid conmigo al mirador de Lindaraja, que allí todavía queda luz.

III

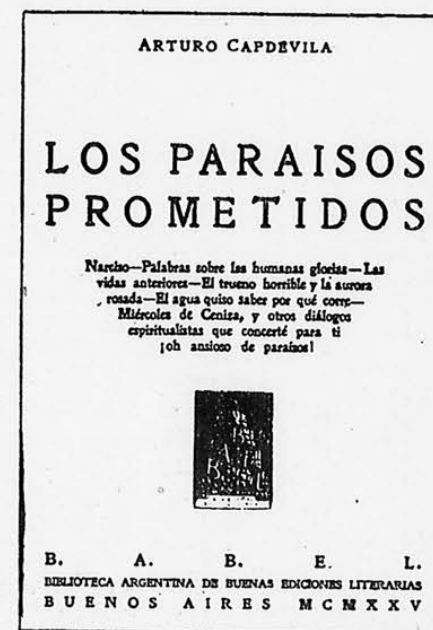
Ya los últimos reflejos del sol, el musulmán leyó como sigue (1):

El rey Schahriar al rey Schalizamán, su hermano, ¡salud en el nombre de Alah! He llegado a saber que en estos últimos cuatro años no has recobrado todavía la dicha de tu alma. Dícenme que repartes tu tiempo entre la crueldad y la tristeza, —lo cual a mí también me aconteció por muchas lunas— y que es frecuente verte por los jardines, escribiendo en la arena el nombre de la que te engañó. Alarmado por estas noticias, y puesto que tú y yo sufrimos iguales penas, no quiero dejar de contarte lo que conmigo está pasando; a fin de que no pierdas del todo la esperanza de tu felicidad.

Apenas necesito recordarte la causa de mi amargura, pues tú la conoces bien. Un negro entre los negros me robaba, en cada ausencia mía, el amor de mi esposa. Y la muy fementida, en cuyo pensamiento solían irse las horas, se daba al amante negro, encantada en su bocaza jugosa y en sus mejillas de betún. Tú sabes cuán tremenda venganza tomé, y cómo por más de tres años empapé el solado de palacio con sangre de esposas efímeras. De esa manera he distraído mi hastío y me he puesto a salvo de la infidelidad.

Oye cómo era...

(1) El autor declara, por si alguien se interesare en saberlo, que de esta interpretación epistolar del caso del rey Schahriar, publicada en 1915, nació, tres años después, su poema dramático "El Amor de Schahrazada" que aun espera su realización escénica, en el desamparo de nuestro arte teatral.



P E N U M B R A

por

Alfredo Orgaz

PENUMBRA

ELLA podría estar, ahora, junto a mi vida... Reclinada en mi pecho, y entre mis manos sus manos tibias.

Yo le diría versos en voz muy baja, como en un sueño. Y Ella, confiada, se adormiría, feliz, sonriendo...

Luego nos quedaríamos gustando de ese delcete sumo, de estar callados en la penumbra, solos y juntos!...

Pasarían las gentes por esas calles igual que siempre, sin saber que muy cerca, junto a sus almas, dos almas mueren...

Esto podría, acaso, pasar ahora... Tan fácil todo! Pero el vacío, en torno, se agranda, inmenso!... Y yo estoy solo...

CANTAR

TAN grande amor es el mío, tan grande amor, que ha dado toda la vuelta: Se hizo dolor!

Así son todas las cosas, terrible suerte! Caminito de la Vida, se va a la Muerte!...

El bello sol de la aurora que de oro viste, es este mismo, de ocaso, cansado y triste!

La sombra que, en el comienzo, sigue al viandante, en la mitad del camino, pasa adelante!

Así son todas las cosas, terrible suerte! Caminito de la Vida, se va a la Muerte!

Tan grande amor es el mío, tan grande amor, que ha dado toda la vuelta: Se hizo dolor!...

CANCION DE LAS PENAS

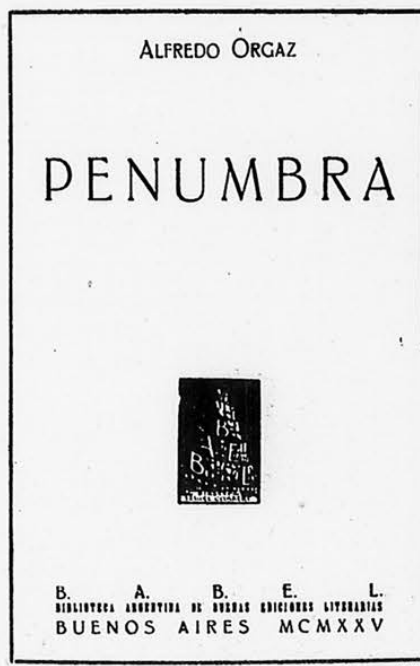
TUYA es mi pobre canción, tuyas son mis alegrías, tuyo mi fiel corazón... Mis penas son sólo mías.

Todo es tuyo y te lo entrego, lo que tengo y lo que soy... Pero una cosa te niego: Las penas no te las doy!

Qué harías tú con mis penas, ni de qué te servirían! Ellas, las pobres, tan buenas, lejos de mí, morirían!...

Tan acostumbrado estoy a su sola compañía, que, mira, si te las doy, qué solo me quedaría!

Tanto las quiero a mis penas, que las quiero más que a ti... Y ellas, las pobres, tan buenas, sólo me quieren a mí!...



Todo, en verdad, te lo entrego, lo que tengo y lo que soy... Pero esto sí te lo niego: Las penas no te las doy!...

EL COLLAR

HAZ con tus brazos, pequeña, detrás de mi cuello un nudo... Como aquél de la leyenda que un rey desatar no pudo!

Cuélgate luego, amorosa, y déjate estar, chiquilla, con tu mirada en mis ojos y el rubor en tu mejilla!

Así, sobre mi hosco pecho, prendido habrá tu candor la medalla de la Dicha, la cadena del Amor!...

SOL DE INVIERNO

SIESTA de invierno, tibio sol de invierno Oh, puro gozo de este sol radiante que tiene la tibieza y la ternura de una pálida mano acariciante!

(Ahora, bajo el sol que lo destella, este pequeño mundo, tan sombrío, ha de brillar en el espacio inmenso como una clara gota de rocío!...)

Quémese, ahora, al sol la vieja pena, y aclárese en mi rostro la sonrisa! Está dorado el mundo, azul el cielo... Qué más un alma cándida precisa?

(Y con la dicha de este sol que alegra, siento en mi corazón, que duerme en paz, un calorillo tenue que revive... Quizás sea calor de sol, no más.)

NOCTURNO DEL RECUERDO

NOCHES de paz. Arriba las estrellas, la sombra abajo y el silencio en todo. Los árboles parece que se alargan! Entre la noche, yo, callado y solo...

Una discreta claridad, de pronto, lejanamente anúnciase. El silencio se hace más hondo, más sagrado y puro... Vibra mi alma, trémula, en suspenso!

...Y asciende tu recuerdo, lentamente, como la blanca luna sobre el cerrol!...

Los libros de Babel juzgados en el país

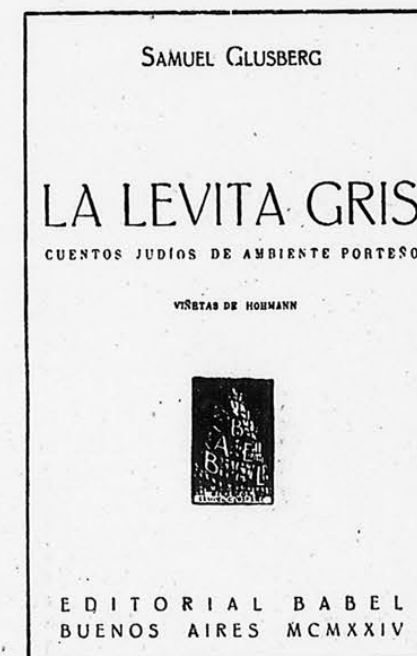
Los Egoístas y otros cuentos

de Guillermo Estrella

ESTA primera publicación del Sr. Estrella revela al público lector la existencia de un observador penetrante y de un escritor sobrio y exacto. Tales son, en verdad, los rasgos más destacados de la fisonomía literaria del novel autor. El señor Estrella tiene algunos más que completan ventajosamente su personalidad pero por falta de desarrollo o por las exigencias del tipo del cuento o del ensayo, no evidencian con la plenitud de aquéllos. Vale decir que sus condiciones dominantes son precisamente las que suelen faltar en los libros de iniciación. En "Los Egoístas y otros cuentos" la capacidad de observación, el don de hallar el detalle característico de una persona o de un ambiente, la facilidad para sugerir en pocas líneas todo un paisaje, prevalece sobre la simple emotividad y sobre el interés dramático, y la frase limpia, directa, ceñida hace pasar a segundo plano la fantasía de la invención. De ahí que entre los doce trabajos que componen el volumen, el lector entendido siga con la misma atención el relato truculento de "La Gargantilla" — historia de la terrible venganza de un marido flemático, que se interrumpe en el momento culminante — y el bello boceto de "La Autoridad" — una página que parece arrancada de entre las mejores de Fray Mocho; se interese en la misma medida por el cuento inicial, rápido apunte de psicología burguesa que recuerda por el procedimiento y la extensión los trabajos breves de Maupassant, y por el relato humorístico "Llevar a la casa", de pura vena inglesa; y lea con igual agrado un cuento de guerra y un intrascendente ensayo sobre una araña. En todas las composiciones del volumen, en todas las páginas del libro, la personalidad del autor supera siempre al asunto, el escritor domina invariablemente al cuentista. No se advierten, pues, los desfallecimientos, las torpezas, las indecisiones de los que acometen labores superiores a su capacidad. El Sr. Estrella, en su libro, logra todo lo que se propone. Pero ¿por qué se propone tan poco? Esta pregunta que traspasa la crítica intrínseca de la obra, no dejarán, sin embargo, de formularse a sí mismos muchos lectores. Y es que terminada la obra, aunque se la haya leído con agrado, queda la impresión de un autor que extraordinariamente dotado para realizar algo vigoroso y original, se ha entretenido en trabajos ocasionales siempre inferiores a sus fuerzas. Cla-

ro está que estas observaciones surgen cuando se le compara al señor Estrella consigo mismo. Si se le parangonara con los escritores de su misma edad que se consagran al mismo género de relatos cortos, el resultado es mucho más lisonjero para el autor de "Los Egoístas". De otra manera, no se justificaría el honroso triunfo en el concurso iniciado por Babel, empresa editora que se ha distinguido hasta aquí por la excelencia literaria de sus publicaciones. Puesto en cotejo con los libros de carácter semejante que han aparecido entre nosotros en los últimos tiempos, éste que comencemos sobresale por la limpidez de la forma, la agudeza de la observación psicológica, la capacidad descriptiva y el seguro conocimiento de los ambientes y los asuntos que enfoca. Se descubre en sus páginas una vasta y bien asimilada cultura literaria y una experiencia grande de la vida bonaerense. Le atren, sobre todo, los aspectos exóticos de esta última. Así los veteranos ingleses que en un sórdido café de noctámbulos refieren, ante una botella de whisky, sus aventuras de la gran guerra (La Plantación); o el marino escandinavo al que una borrachera llevó a la vagancia (Pájaros de Tempestad). Pero en lo que descuella este autor, y lo que le dará con un poco de esfuerzo un lugar prominente entre nuestros narradores, es en la descripción prolija y precisa de todo lo que ve y de todo lo que siente. En este sentido, su breve ensayo sobre "La Araña" nos parecen las páginas más características del libro.

De "La Nación"



LA LEVITA GRIS de Samuel Glusberg

ESTOS cuentos judíos de ambiente porteño, que escribió don Samuel Glusberg, nos ponen en presencia de un nuevo escritor, que aparece ya, en este primer libro, admirablemente dotado para cultivar con éxito este difícil género literario.

El señor Glusberg, no obstante la notoria filiación de "su manera", escribe en un estilo personalísimo. Conviene insistir en esto, ya que se ha reprochado al autor el seguir demasiado fielmente la huella de ciertos maestros.

El señor Glusberg siente y confiesa una sincera admiración por Horacio Quiroga. Nada más distinto sin embargo que una página de Quiroga y una página de Glusberg. Y es necesario tener muy poco instinto literario para no verlo.

El primero es de una objetividad total. Fiel al precepto de la escuela naturalista — sin que ello importe encasillarlo en esa escuela ni en ninguna otra — el autor de "Anaconda" está siempre ausente en sus relatos, hasta en aquellos que parecen autobiográficos. El señor Glusberg en cambio, está siempre un poco y, a veces, todo él en cualquiera de sus páginas.

Si nos fuera permitido resumir en una sola palabra personalidad tan compleja como la de Horacio Quiroga, diríamos que éste es siempre o casi siempre épico. El señor Glusberg, en cambio, es un lírico.

De "América".

HAY en los cuentos judíos de ambiente porteño de Samuel Glusberg, un dejo de melancolía y hasta de tristeza que sienta muy bien a la escena y los personajes del precioso libro en que han sido reunidos esos cuentos con el título del que inicia la serie: "La levita gris".

Es un volumen elegante y cuidado de la Editorial Babel, con excelentes viñetas de Hohmann.

Aquí está realizada triunfalmente la difícil facilidad del precepto. El relato es sobrio y la impresión es honda. Las conclusiones surgen de improviso, pero jamás con violencia. La del primer cuento tiene una ternura infinita y comunicativa que sólo puede resultar de una concepción muy humana y de un arte experimentado y sentido.

"La quinta sinfonía" es un bello relato de juventud, de poesía, de ensueño, y "La cruz" es una página fugaz en la forma, pero de profunda emoción por la clase de sentimientos de que está llena, dentro de una prosa casi gráfica.

De "La Razón".

BIBLIOTECA UNICA

El más grande acontecimiento literario de los últimos años. Varios miles de títulos de los mejores autores entre los cuales Rodó, Azorin, Villaspesa, Da Verona, Amado Nervo, Rubén Darío, Gomez Carrillo, Hermanos Quintero, Márquina, Eça de Queiroz, Ardel, Palacio Valdés, Barbusse, Anatole France, etc.

Ediciones originales, impresas con esmero y en papel de lujo, carátulas en colores variados.

Pida en todas partes la BIBLIOTECA UNICA al precio de cada tomo.

\$ **1.25**

VENTA AL POR MAYOR: AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES Rivadavia 1573

OBRAS DE ARTE Y LITERATURA

ultimamente publicadas por la

Editorial "SATURNINO CALLEJA" S. A.

- | | |
|--|--|
| <p>K. WOERMANN. — Historia del Arte en todos los tiempos y pueblos. Seis grandes tomos con 5000 páginas, 5000 grabados y 400 láminas en negro y en color. Cada tomo en tela \$ 25.— En medio chagrin \$ 30.— En chagrin \$ 32.—</p> <p>A. SALCEDO. — La época de Goya. Magnífico libro preciosamente ilustrado. En piel de antilope fino " 15.—</p> <p>G. MISTRAL. — Ternura. Canciones de niños y otras poesías. Selecta edición ilustrada con grabados en madera " 3.—</p> <p>C. DE ARTEAGA.—Sembrad (Poesías). Lujosa edición ilustrada con láminas fuera de texto, por S. Bartolozzi " 4.—</p> <p>J. VASCONCELOS. — Estudios indostánicos. Un tomo de 440 páginas en papel pluma y retrato del autor " 3.—</p> <p>E. GONZALEZ MARTINEZ. — El romero alucinado. Segunda edición. Un tomo lujosamente editado " 1.75</p> | <p>E. GONZALEZ MARTINEZ. — Las señales furtivas. Ultima obra de este ilustre poeta " 1.75</p> <p>A. DONOSO. — Dostoievski-Renan.—Pérez Galdós. Un tomo cuidadosamente impreso en papel pluma " 2.25</p> <p>G. MARTINEZ SIERRA. — Mujer. Cada uno y su vida " 2.—</p> <p>BIBLIOTECA AUREA. — Colección literaria de la familia; la más selecta, lujosa y barata. Tomos de 400 páginas con doble cubierta y un dibujo a todo color Ejemplar " 1.50</p> <p>Publicados los 5 siguientes títulos:</p> <p>M. Marian. — Caminos de amor. Orgullo de casta. Amor atormentado.</p> <p>M. Thiery. — La flor venenosa.</p> <p>M. de Aigueperse. — El desquite.</p> <p>De venta en todas las librerías y en la Editorial Sud Americana T. Miguel & Cia S. en C. Sarmiento 1342. — U. T. 3134 Mayo. Buenos Aires</p> |
|--|--|

L E A

LA EDITORA ARGENTINA

LA ORGANIZACION DE LA PAZ

por LEOPOLDO LUGONES

Un interesante volumen de cien páginas, por

1 \$ m/n.

EN TODAS LAS LIBRERIAS

ULTIMAS NOVEDADES

G. SANCHEZ VIAMONTE

Derecho político \$ 3.50

M. KANTOR

Lenin \$ 1.50

M. A. SALVAT

Esmaltes (Pequeñas prosas de color) \$ 2.50

STANCHINA

Inocentes \$ 1.50

J. SAMET

Av. de Mayo 1242.

Bs. Aires

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de cultura hispánica

De Filosofía, Letras, Artes, Ciencias, Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA MONGE

Apartado 533

San José de Costa Rica, C. A.